

Julio Diego Iraeta

EN LOS ALBORES DEL PIRINEISMO

Aventuras de Russell en el Anie y de Wallon en Bucuesa

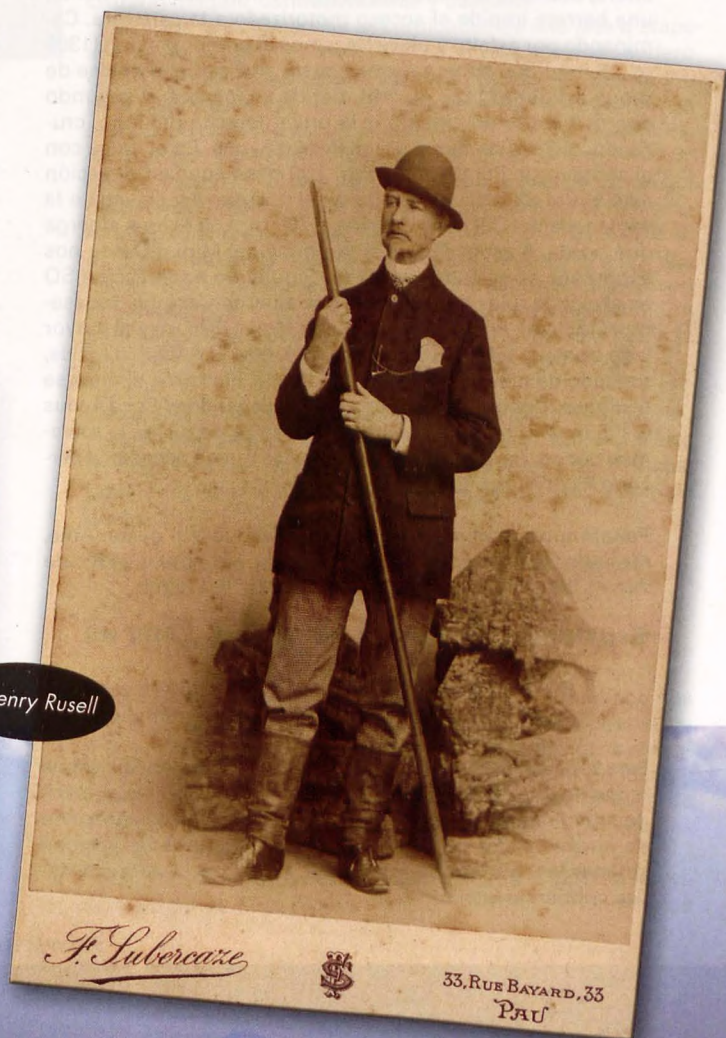
PARA comprender el pirineismo de antaño en comparación con el actual, conviene echar una mirada al pasado, justo a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Entonces se acercan a las montañas personas ajenas a la vida rural y montaraz. Son viajeros románticos, eruditos, ilustrados, cartógrafos, conocidos como "pléyade pirineista". Hombres con formación en diversas ramas de la ciencia se aventuran a descubrir, con el apoyo de pastores y montañeses, parajes recónditos. Estamos en la carrera por la conquista de las altas cumbres pirenaicas: Monte Perdido (1802), Maladeta (1816), Vignemale (1838), Aneto (1842), Poset (1856). Estas excursiones tenían un sentido más científico que deportivo; iban acompañadas de levantamientos cartográficos y geodésicos, detallados estudios que articularán los primeros pasos de un conocimiento geográfico del cual somos beneficiarios y herederos. De la variada lista de pioneros hemos elegido a dos míticos personajes para escribir unas pinceladas sobre sus andanzas a través del Pirineo Occidental.

■ Henry Russell y la pasión por el Pirineo

El Conde Henry Russell nació en Toulouse el 14 de Febrero de 1834, de madre francesa y padre irlandés. A los 23 años emprende su primera expedición a América del Norte, iniciando

■ Mar de nubes, desde la cima del Anie

■ Henry Rusell





■ Monumento a Russell en Gavarnie

■ Pico Anie y murallas del Pico Countende

así la pasión por los viajes. Años más tarde, aprovechando su situación acomodada, realizará un segundo viaje que duró tres años, recorriendo gran parte del planeta: San Petersburgo, Moscú, Irkutsk y Beijing, desierto de Gobi, Shanghái y Hong Kong, Australia y Nueva Zelanda. En la India descubre los gigantes del Himalaya; a través del Cairo y Constantinopla regresa a la villa pirenaica de Pau, donde establecería su residencia habitual.

Viviendo de las rentas de las propiedades que heredó en Irlanda, decide seguir los pasos de Luis Ramond y Vicent Chausenque. En 1861 inicia su dedicación exclusiva a la exploración y conquista de las cumbres más relevantes de la cordillera. Ataviado con una llamativa indumentaria, a la que se había aficionado a su paso por oriente, calzado con botas de clavos que se hacía fabricar, siempre con su inseparable bastón de madera de fresno, serían inagotables sus excursiones por los montes de Pirene. Fue pionero en la práctica de vivacs en las cimas, también en ascensiones invernales, y precursor del saco de dormir. Se inspiró al ver pernoctar a un aduanero español envuelto en un saco hecho de vellón de oveja. Tomándolo como modelo, mandó fabricar uno igual con las pieles de seis ovejas, llegando a pesar tres kilos. Tras casi cincuenta años de exploración, se retira a la montaña de sus sueños: el Vignemale, donde ordenaría horadar cavernas a modo de refugios para pasar largas temporadas en solitario, o acompañado de sus inseparables guías y alguna amistad selecta. Escribió libros, colaboró en numerosas publicaciones y recopiló artículos que sirvieron de base para su gran obra: "Souvenirs d'un Montagnard". Falleció a los 75 años en Biarritz, convertido en uno de los grandes pirineístas del siglo XIX.

■ Aventura en el Pico de Anie (2504 m)

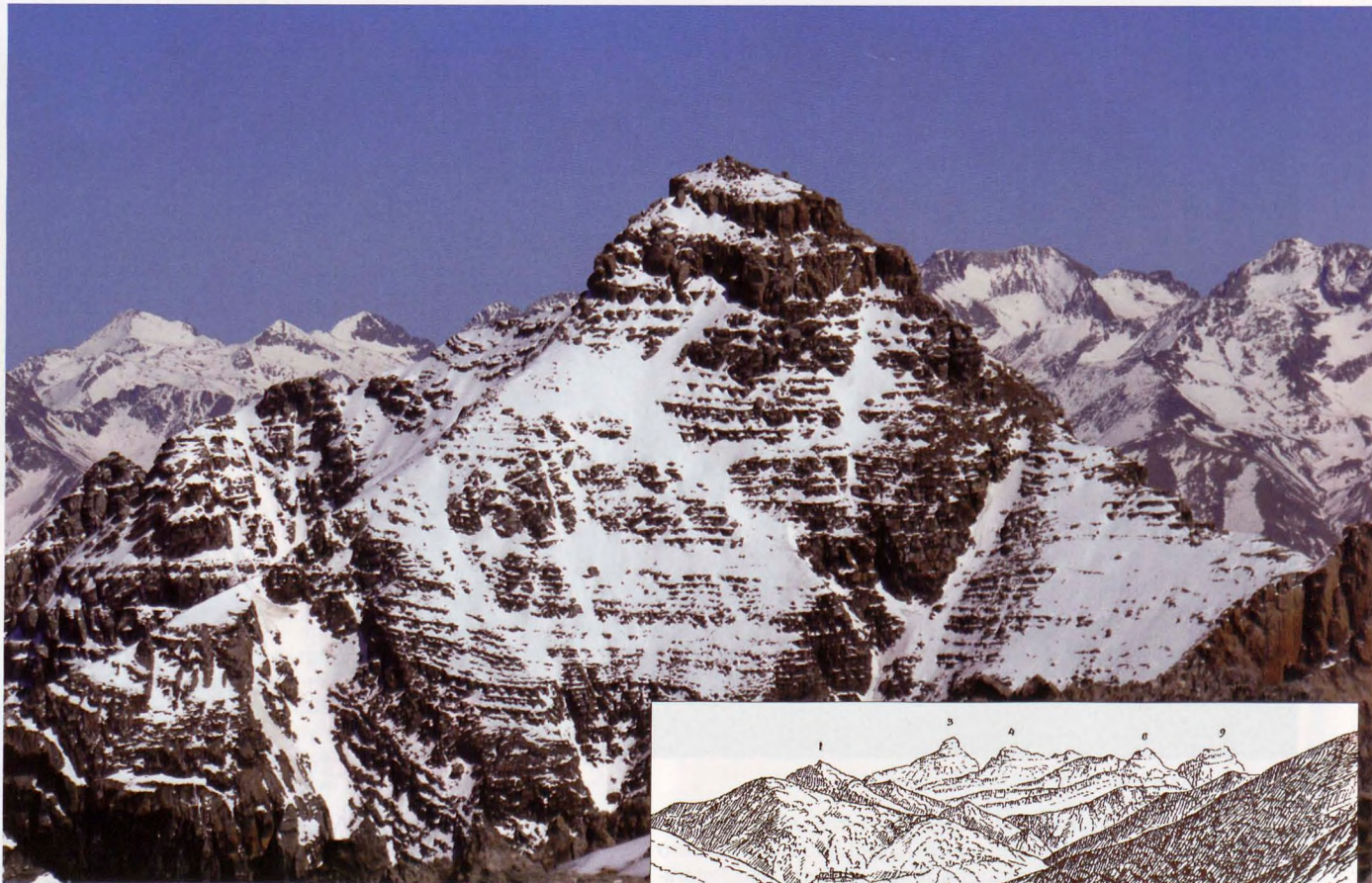
En los atardeceres de cielos despejados Russell se solía acercar a la torre de la Catedral de Saint-Martin. A la luz de la penumbra, con el cielo enrojecido, disfrutaba observando el soberbio paisaje que se desplegaba de oeste a este: Midi de Bigorre, Gabizos, Vignemale, Balaïtous, Ger, Midi d'Ossau y Anie. Radiante con las luces del ocaso, aquel pico de forma piramidal le cautivó. Un otoño, antes de que Pirene se pusiera el sayo blanco, decidió alcanzar su cumbre. Remontó el pastoril y encantador valle de Aspe, llegando a Bedous,

donde pasó la noche. Al día siguiente se acerca a Accous para conocer la aldea. Después emprende la ascensión con el guía Lacazette. En este punto le cedemos la palabra, suprimiendo algunos comentarios para abreviar el relato:

Cinco o seis km más arriba de Bedous, subí al suroeste por un sendero empinado y pedregoso, al caserío de Lescun, cerca del cual algunos centenares de aspeses derrotaron a seis mil aragoneses. Siempre bravos y belicosos, los aspeses defendieron en todos los tiempos su libertad. Nada es más significativo ni más curioso que los fors (fueros) del Valle de Aspe, baluarte y consagración de sus privilegios y libertades. Septiembre estaba terminando, brisas violentas hacían gemir los árboles, los bosques amarillean y las cumbres amanecen espolvoreadas de nieve nueva. Desayunamos sobre la hierba a la entrada del circo de Lescun, dominado por gigantescas agujas y aristas afiladas, en casa del señor Cazou. El diente blanco del Pico Anie se eleva con orgullo. Aunque sea una montaña de 2500 metros, no por eso tenemos que bajar la guardia, está claro que con niebla por estos parajes el más aguerrido montañero correría el riesgo de no llegar.

La excursión duró 4 horas desde Lescun. Hay que realizar un recorrido circular alrededor del pico, iniciando por el este hacia el norte y oeste, para atacarlo finalmente por el suroeste. Al norte las paredes son inaccesibles. Siguiendo el curso del arroyo durante dos horas a través del delicioso valle, lleno de sombras, tapizado de hierba y musgo de las hayas y abetos, se saborea la soledad y el silencio de los bosques.

Pasamos bastante alto por la derecha el establecimiento de baños Laberou (en la actualidad refugio de Labérouat), cuyas aguas termales se enfriaron según la tradición durante un temblor de tierra hace un centenar de años. Encontramos a 1800 metros, a la salida del bosque, una zona pastoril tapizada de cabañas denominado Azun (cerca del collado de Azun, por donde transita la GR-10), donde comienza la aridez. El silencio se hace absoluto, los rebaños desaparecen al igual que los torrentes. A medida que ascendemos en diagonal por pendientes empinadas, el paisaje se caracteriza por su desnudez sin igual. Sabanas sin fin y sin sombra, la devastación por todas partes: rocalla, solares de caliza separados por



■ Pico Bucuesa, desde Collaradeta

profundos pozos como los que he visto en el Pico Cotiella, restos de nieve perpetua fría y apagada como el mármol del sepulcro.

Así es el entorno del Pico Anie, cuyos flancos se hacen empinados y fatigosos hacia la cima, desde donde se intuyen casi todos los picos del Pirineo hasta el Alto Garona. De norte a sur ya no se veía la tierra cubierta bajo un mar algodonoso de nubes. El cielo estaba completamente limpio y tranquilo, cuando un viento repentino comenzó a soplar en la cima y nos despertó de nuestro sueño. Decidí con mi guía descender por el camino más corto, por el barranco de Anaye. Es muy empinado, pero una hora más corto. Llegamos al torrente de Anaye, encontrando un sendero que nos guiará por la orilla izquierda en fuerte descenso. La noche nos alcanzó al encontrar el camino por donde iniciamos la excursión, a una hora de Lescun. Continué mi descenso como un sonámbulo, sombrío y taciturno, como ocurre a menudo por la noche que sigue a una larga ascensión, cuando sus placeres y embriaguez han pasado.

■ Édouard Wallon, explorador de los valles del Pirineo Occidental

Nació en Montauban en 1821, estudió derecho y ejerció de abogado. La afición a la pesca le llevaría a visitar el Pirineo. Aconsejado por colegas de la talla de Franz Schrader (1844-1924), fue un pirineista completo, pues no dudó estudiar matemáticas y trigonometría, útiles para los cálculos de la geodesia. Tuvo la responsabilidad de continuar el

trabajo cartográfico donde terminaba el mapa de Franz Schrader, sobre el macizo del Monte Perdido. Sin dotes físicos como deportista, iniciando la actividad montañera a los cincuenta, su formación y tenacidad lo convirtieron en uno de los grandes del pirineismo. Además de instrumentos cartográficos y de di-



■ Édouard Wallon



Valle alto del Aurín
Dibujo del natural de E. Wallon, tomado aguas abajo del pueblo de Isín

bujo, llevaba en su equipo el hacha para cortar y hacer escalones en el hielo, y un revolver para mantener a distancia al oso, el lobo y el ladrón. Murió en su ciudad natal en 1895, dejando un legado importante de dibujos, artículos, y mapas.

■ Primera ascensión al Pico de Bucuesa (2770 m)

El 7 de Julio de 1878, en compañía de sus dos guías: Clément Latour de Caunterets y Vicente Faure de Panticosa, se dirige Wallon hacia el alto valle de Escarra. A la altura de Escarrilla cruzan el puente, ascendiendo hacia unos prados coronados por el promontorio de la Huega (1722 m). La idea de Wallon era dormir lo más alto posible del circo de Escarra. Ascendieron en dirección oeste hasta casi tocar las murallas del Pico Escarra al norte y del Bucuesa al sur. El plan era encontrar una cabaña de pastores para pasar la noche, pero no dieron con ella. Así que levantaron una tienda con la ayuda de los bastones herrados y la tela de algodón que usaban como manta. Pasaron una noche excelente a 14,5 grados, según marcaba el termómetro de Wallon.

Al día siguiente reanudaron la marcha a las 4.30 h, cuando empezaba a aclarar en las crestas. Su primera sorpresa es el descubrimiento de una cascada que desciende desde lo alto. La dirección que tomaron era sur, en busca de la brecha de Acumuer, a la que ya había subido en otra campaña con Latour. Llegaron a lo alto del corredor (2142 m) sobre las 5.30 h. En este lugar estuvieron deliberando qué dirección tomar, pues la idea inicial era seguir con la exploración de la Sierra de la Partacua en el punto donde la habían dejado el año anterior. Los guías le convencen para subir al Bucuesa, ya que el otro itinerario no le reportaría ningún descubrimiento.



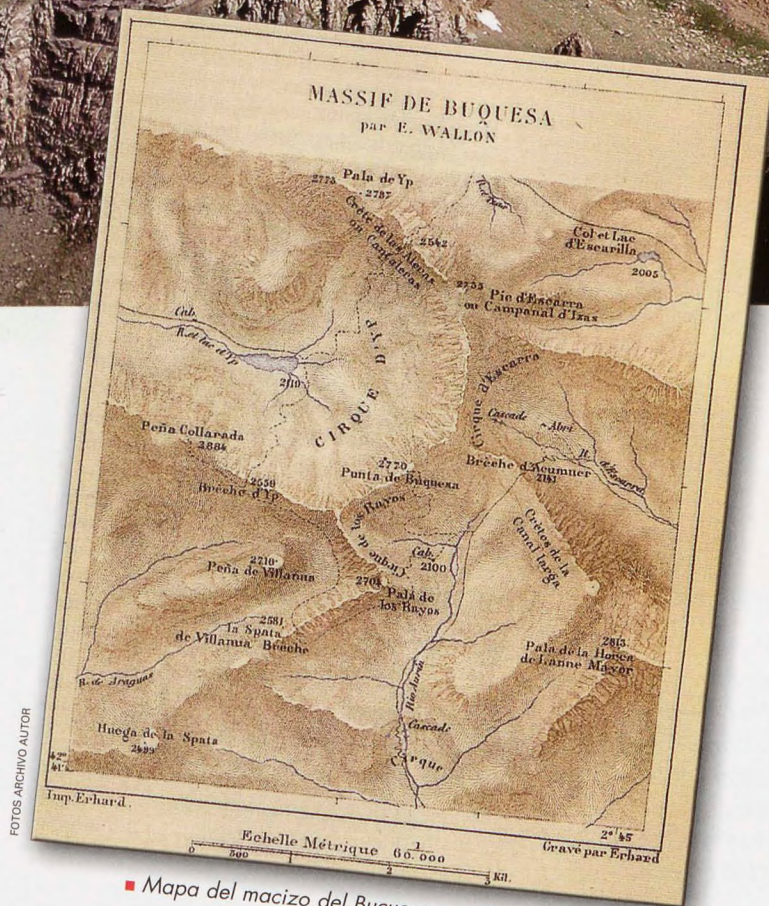
■ Vista desde la cima del Pico Bucuesa

zan las dificultades, localizando el paso clave que les conducirá a la cima. Por precaución, ordena a sus guías que construyan un gran hito para que les sirva de referencia al regreso. El tramo final estuvo delicado y comprometido, ya que progresan al borde del precipicio. Alrededor de las 9 h alcanzan una plataforma. Prosiguen por una afilada arista y, tras superar una brecha, consiguen llegar a la cima del Bucuesa, donde obtiene las siguientes medidas: barómetro 540, temperatura 12.5 grados, altitud 2770 metros. Empezó a soplar el viento, a la vez que se formaban algunas nubes. Wallon continúa con sus tareas, tomando notas y realizando bocetos del paisaje que le rodea.

Años atrás había subido a Collarada, donde pudo disfrutar de la visión de grandes cimas, del Monte Perdido al Anie. Mientras contempla el entorno y los guías construyendo una pirámide de piedras, el estruendo de un trueno rompe la tranquilidad en la cima. Tomando todas las precauciones posibles, inician un descenso vertiginoso. La niebla les envuelve, los truenos suenan con virulencia y se tienen que refugiar en una cavidad, pues una gran granizada cubre el entorno. Después de la tormenta continúan hacia la brecha, los hitos que colocaron en el ascenso facilitan el retorno. □

Bibliografía consultada:

- Souvenirs d'un montagnard.** Autor: Henry Russell
- Recuerdos de un montañero.** Edita Barrabes, revisión: Alberto Martínez Embid
- Pirineistas franceses (1871-1895).** Gobierno de Aragón, selección de Fernando Biarge
- La conquista del Pirineo.** Autor: Marcos Feliu
- Yo, Henry Russell.** Autor: Alberto Martínez Embid
- El Pirineo aragonés antes de Briet.** Edita Prames, edición de Alain Bourneton
- Édouard Wallon y la cartografía del Valle de Tena (1872-1884).** VII Premio investigación histórica Villa de Sallent.



■ Mapa del macizo del Bucuesa, por E. Wallon

Una vez decidido el objetivo, Wallon escudriña el terreno con su catalejo, observando paredes y crestas. Por el suroeste descubre una arista que desciende hacia un circo cubierto de piedras y nieve. Deciden iniciar el ascenso por ese lado, aprovechando las placas de nieve que suben hasta arriba. Son las 6 h cuando abandonan la brecha dirigiéndose hacia el circo de Los Rayos. Intentando avanzar a través del caos de rocas, ante este laberinto espantoso deciden retroceder y buscar otra alternativa. Entonces optan por un ataque directo a la cima por el lado oriental, lo que les obligará a superar la pared de gradas escalonadas. Para conservar la libertad de movimientos, dejaron los bultos en un lugar seguro, subiendo tan solo el instrumental y algunos víveres.

La primera parte del ascenso transcurre sin problemas. Aprovechando algunos neveros siguen las huellas de unos sarríos hasta unas gradas con mayor pendiente. Aquí empie-

FOTOS ARCHIVO AUTOR